

La biblioteca

Miguel Paz Cabanas

Ahora que hago memoria y vuelvo a los territorios de la infancia, creo que su origen era más bien humilde, o al menos eso decían los patriarcas del pueblo, mientras esgrimían tesis malévolas sobre su legendaria obsesión.

Al Doctor Bernstein lo conocía yo por una filiación más esquivada y a la postre menos falaz: era padre de Z., trepador imbatible, amigo fiel y gran pescador de carpas. Juntos habíamos perpetrado algún que otro alboroto (como cuando hinchamos con zarzas los calzones del capellán), pero yo a su padre lo veneraba por sus intercesiones, sin las cuales, a buen seguro, hubiésemos sufrido más de un verdugón.

Al margen de los chismes sobre su linaje, el Doctor era un hombre generoso y, por extraño que parezca, un modelo de virtud. Le cautivaban las misas en latín (yo creo que por la austera sonoridad de nuestra Iglesia) y además del tabaco de pipa, le gustaba meditar. Precisamente por eso, por su tendencia a la reflexión, me exasperaba oír lo que se insinuaba de él y la suficiencia con que el necio de mi padre –con el tocino inundándole la boca-, me lo subrayaba a diario.

- Es un migrante sin pasado ni futuro y, además, un excéntrico. ¿Cómo puedes apreciar a quien anhela construir una biblioteca en un lugar donde no lee nadie?

Una biblioteca en Mainburg... ¿Habré de confesar que ni siquiera yo logré hallar pretexto para semejante obsesión? Si en aquellos años me hubieran solicitado un retrato de mi pueblo hubiese alardeado de ciertos enigmas (la cueva donde crecía como una nube la raíz de sasafrás, o las enaguas de zaraza que aparecieron ensangrentadas junto al río), pero nunca, ni por asomo, de algo similar a una biblioteca. Entre otros motivos porque, siendo la nuestra una villa gentil, ignorábamos el arte de la lectura y atribuíamos a su difusión una influencia malhechora.

Cómo fraguó aquella idea en la mente del Doctor alcanzando prioridad entre sus aspiraciones, fue algo que nunca logré descifrar. Incluso abordando a Z. sólo encontraba titubeos, como si cualquier mención a la iniciativa paterna fuese un tema tabú:

- Bueno, cuando no está encerrado en su laboratorio se dedica a construir... y a reunir muchos libros... pero no sé más.

Mi insistencia sólo acentuaba su recelo y un torbellino de pleitos que nunca finalizaban bien.

Se deslizaron dos otoños, durante los cuales a mí me creció el bigote y al Doctor Bernstein los enemigos. Todo el mundo se deshacía en juicios prematuros y en octubre, con la llegada de un extraño mercader, los rumores adoptaron un cariz venenoso.

Aquel buhonero, elegante y taimado, captó la merced brindada y el beneficio que había bajo la triste conjura. Con verbo florido, propio de alcahuetes, sedujo a medio pueblo, adquiriendo entre los crédulos rango de nigromante:

- Veo que una tempestad negra se abate sobre esta llanura, antaño libre y fértil...
¡Abre bien los ojos, labrador! ¿Permitirás que la semilla del mal espigue en tu casa?
¿Dejarás que un intruso degüelle ante tus ojos el Cordero de Sión?

Las arengas del bribón acabaron por propagarse como el aceite, sembrando la cizaña en el alma de Mainburg. Tal fue su elocuencia y el poder de sus amuletos (ocultaba en su bocamanga higas de azabache, piedras de lechisangre y manos de tejón), que para cuando se hubo evaporado, el pueblo miraba con suspicacia la hacienda del Doctor.

Lo cierto es que tras su evasión comenzaron a suceder cosas pasmosas, hechizos que turbaron la paz clerical de Mainburg: la nata de los cántaros se corrompía sin motivo, los orinales estallaban en la flor de la noche y a Frau Hazel, hermana de la alcaldesa, le brotó un lunar color azafrán justo en mitad de la frente.

- Sin duda es la peste –aventuró uno.
- O acaso la piorrea –apostilló otro.
- ¿No será por copular de pie? –sugirió un borracho.

Frau Gretel, esposa del alcalde, y a la postre alcaldesa, fue quien más lejos llevó su odio hacia el Doctor y hacia cualquier adhesión a su causa. Es posible que sin ella las cosas se hubiesen resuelto pronto, pero a pesar de lo que se insinuaba en las vinaterías (a saber, que había yacido entre los brazos del buhonero), nadie osó desacreditar sus acusaciones. Su esposo, Van Keulen, hombre cabal y conciliador, fue el único que no emitió opinión y que, en medio de aquel delirio, logró conservar la calma.

- ¡Me han comunicado que ese loco ha colocado la última piedra de su obra! – graznó su consorte días después -. Pero, ¿de qué demonios se trata? Si no quemamos esa maldita biblioteca, seremos el hazmerreír de la comarca.

Sea como fuere, su frenesí acabó por contagiar a los más escépticos y el día de San Tadeo, exultante y rabiosa, congregó a sus adictos en el jardín rectoral. Todo el pueblo, incluido mi padre, aportó alguna idea descabellada.

- Podríamos untarlo con brea y arrojarlo a un pozo... –aventuró uno.

- ¡O deslizar su cuello por una soga de cáñamo inglés! – apostilló otro.

- ¡Asaltaremos su maldita casa esta noche! – concluyó, sin más sutilezas, Frau Gretel.

Así fue como aquella pesadilla, o si lo prefieren aquel desvarío, tuvo su triste comienzo una desquiciante noche otoñal. Alguien, a quien tardaría en volver a ver, avisó al Doctor con tiempo suficiente, evitando un desenlace ciego y miserable. Pero algo me dice que Bernstein permaneció oculto en la sombra, testigo inmutable de lo que sucedió: los pavorosos acontecimientos que, para escarnio de su reputación, ensombrecieron eternamente la memoria de Mainburg.

Entre algunos cronistas es lícito admitir que la Historia carece de pretextos y que son hechos banales los que le confieren sentido: algo así me ocurrió aquella noche, mientras observaba cómo mi pueblo –ebrio de ira y moscatel- corría enloquecido en pos de su ruina.

Parece que los estoy viendo ante los cristales de mi casa, como una pantomima jadeante y atroz: artúricos, empuñando antorchas, acaudillados por una mujer de semblante terrible.

Era otro el que estaba llamado a socorrer al Doctor, pero a mi manera yo también lo intenté. Aquella tarde salí a hurtadillas de mi cuarto y, tras cruzar la plaza como un mendigo, me interné silencioso en el bosque. Pero no preveía que un puñado de hojas sepultase la senda y, al poco, me vi extraviado, mirando a mi alrededor con alarma creciente. Fue entonces cuando oí a mi espalda un resuello fantasmal y descubrí, sentado sobre su rucio, a maese Heribert.

- ¡Señor boticario!

- ¡Vaya! ¿De dónde sales tan desmayado, Christian?

- ¡Me he perdido, señor! Salí en busca de mi padre y... dejó dicho en casa que si aparecía el inspector de pesas y medidas, fuéramos a avisarle.

- No te aflijas. Es normal extraviarse en esta época. Monta, muchacho.

Fue sin duda el viaje más largo y angustioso de mi vida, no tanto por el rango del séquito, como por su grosero medio de transporte. El boticario, orondo y locuaz, me instruía con sus sandeces y su pobre bestia, hambrienta o confusa, se detenía sin motivo.

- ¿Qué le ocurre? ¿Por qué se para? –inquiría yo con desespero.

- Medita.

- ¿Cómo?

- Los burros son afines a nosotros en que a veces se paran y meditan –indicó el boticario conmovido-. Lo que no sé decirte es en qué.

Era, pues, el asno de Her Heribert un pollino intelectual y a fe mía que no volví a toparme con otro semejante.

A fuerza de dar rodeos acabamos tomando un atajo y descubrimos a la chusma iracunda. Era noche cerrada, casi uterina y la luna, con su rubio fulgor, iluminaba la cripta del cielo. Acerté a ver a mi padre entre dos cipreses, aunque su aspecto, a diferencia del de la tarde, era más taciturno.

- Pero tú, ¿qué haces aquí? –gruñó al verme.

- Me perdí jugando en el bosque –volví a mentir.

- Ya hablaremos –replicó con tono amenazador -; de momento, vamos para casa.

- ¿Pero, y el Doctor? ¿Qué ha sido de él?

- Pregúntaselo a la alcaldesa –agregó misteriosamente.

Fue entonces cuando advertí que en mi viaje asnal (que no astral) había perdido la orientación y que, creyendo ser perseguidor, era más bien cautivo.

- Pero... -pregunté - ¿y la casa? ¿La habéis quemado?

- ¿Cómo quemar tu propia memoria? –replicó mi padre con un estremecimiento, y acto seguido me asió por el cogote, empujándome con fuerza colina abajo.

No hubo manera de sacarle una palabra, ni durante el retorno ni durante los meses siguientes. Todo el pueblo se sumió en un silencio vagaroso, un silencio que duró muchos años. En cuanto a Frau Gretel, la nibelunga resentida, acabó ingresada en un sanatorio, víctima de violentos y extraños delirios. Tiempo después conseguí

licenciarme y mi padre, hartó de mis aspiraciones, optó por enviarme lejos: tan lejos de Mainburg y de su niebla como no lo había estado hasta entonces.

La verdad, la ominosa verdad, no la supe hasta veinte años después. Quiso la providencia que tras mi exilio no volviera a Mainburg y que un telegrama trágico y escueto me impulsase a regresar.

No pude, sin embargo, asistir al entierro y cuando puse los pies en su plaza –en un día lúgubre y lluvioso, como lo suelen ser allí-, comprobé que nadie, ni siquiera el sacristán, acudía a recibirme. Vacilé bajo la luz mortecina de sus calles y, tras un rato deambulando, vi una figura familiar: me acerqué con expectación y, llamándole tímidamente, descubrí al antiguo alcalde del pueblo.

- ¡Van Keulen! ¿No me reconoce?

- ¿Christian?... ¿Eres Christian?

- ¡El mismo!

Los dos nos fundimos en un largo abrazo y, después de celebrarlo, Van Keulen agregó:

- ¡Sabía que vendrías! ¡Te tachaban de descastado, pero yo sabía que aquel diablillo regresaría de nuevo!

- El tren se retrasó. Me hubiera gustado asistir al entierro de mi padre...

- Lo sé, lo sé –dijo melancólicamente-; pero, quizás haya sido mejor así. Después de todo... ¡Escucha! Has de venir a mi casa y hablarme de muchas cosas. ¡Tengo un venado asándose en el horno!

- Pero...

- ¡Nada de excusas! ¡Te espero a cenar! –zanjó y quedamos en vernos al filo del anochecer.

¡Oh, aquella velada en casa de Van Keulen! ¡Aquella historia que brotó trémula de sus labios! Nadie a quien se la haya narrado me ha podido creer y no son pocos los que, tras atenta escucha, han dudado de mi juicio. Pero a pesar de mis detractores, he de confesar que yo sí le creí y que conservo como una revelación sus confidencias nocturnas: me refiero a las palabras de Van Keulen, el alcalde cornudo, la lúgubre crónica que aquel viudo cabal me desveló, sollozando, en la cocina de su casa...

Me dices, Christian, que aquella tarde de desdichas te rescató del bosque el asno del boticario y que no llegaste a ver nada. Mejor así, te lo aseguro, mejor así... Parece que me resuenan como truenos los graznidos de mi esposa: “¡Extingamos al amante de los libros! ¡Acabemos de una vez con él!” ...Estaba rabiosa, era como una víbora en celo, una walkiria bañada en alcohol. A medio camino se le zafó un sostén, ya ves tú, pero allí seguía con su pezón al aire, con su blusa tirolesa, saltando por los taludes como una cabra loca. Parecía, literalmente, que se iba a comer el mundo.

Pero faltaba sólo media legua y nadie sabía lo que iba a suceder. ¿Por qué no se veía al doctor? ¿Por qué no aparecía huyendo colina abajo? Éramos una piara salvaje y nuestro resoplido, áspero y creciente, debía sentirse lejos: ¡Me atrevo a pensar que hasta en la mismísima alcoba de Bernstein! Sin embargo, lo único que podíamos oír, como un morse fúnebre, era el infatigable son de los grillos.

Llegamos a su heredad y ante nosotros se alzó una fila de chopos. Sabíamos que detrás se hallaba su casa y la *obra* que nos había llevado hasta él. Pero, llegado el momento, nadie se atrevía a seguir: permanecimos inmóviles, sin mover un solo pie, mirándonos con inquietud y paulatina congoja.

“¡Hatajo de nenazas! –rugió mi mujer- ¿Es que no hay en Mainburg un solo hombre con los cojones en su sitio?”

Fue tu padre el primero que se movió, y después de él otro más, no recuerdo quién y, por último, acuciado por las miradas, yo mismo.

Christian –susurró Keulen entonces, clavándome una mirada febril-, lo que te voy a revelar es algo fantástico, pero debes creer en la bondad de mis palabras: el Doctor Bernstein sacó adelante su biblioteca, no se arredró ni un ápice. Cuando alcanzamos su casa nos la encontramos allí, majestuosa y absurda, como inspirada en un sueño demente... No sé cómo, ni cuándo la había construido, pero había miles de libros en ella... ¡Era algo diabólico, imposible de creer! Recuerdo (es como si lo estuviese viendo ahora) que se elevó un grito unánime y a la vez una exclamación de horror. Pero Bernstein nos tenía reservado algo más, un enigma para el que ninguno de los presentes estaba preparado.

El viejo alcalde carraspeó con dramatismo y, tras mojar la nuez con aguardiente, añadió:

- Aquella biblioteca no era un lugar corriente, Christian, ni siquiera una obra monstruosa. Era algo...distinto, algo atroz y malévol. Era...era la última biblioteca posible.

- ¿Qué quiere decir?

- Sus libros...sus numerosos libros: no eran libros normales, novelas o poemarios en piel... Cada uno de ellos llevaba por título un nombre, el nombre de una persona de Mainburg.

- ¿De Mainburg?

- ¡Sí, de todos los vecinos del pueblo! Parecía una obra macabra, un signo de depravación, pero cuando empezamos a leerlos comprendimos que ocultaban algo más, otra cosa más terrible. La primera frase de cada libro registraba nuestra fecha de nacimiento y luego, en apretadas páginas, la secuencia de nuestra vida: pero no una enumeración somera, sino todo, ¿comprendes?, absolutamente todo lo que puedas imaginar... Y lo más insólito, Christian, lo más horrendo, era el desenlace: al final de cada libro, con una tinta distinta, figuraba la fecha de nuestra muerte.

- ¿Cómo?

- ¡Y aún había algo peor! Porque, y que Dios me asista, hasta ahora nunca ha fallado, ¿entiendes?, siempre han coincidido, de modo inexorable y categórico, tras cada fallecimiento, tras cada óbito acaecido en el pueblo... Y en todo este tiempo, después de veinte años, jamás ha existido un error.

- No es posible...

Entonces el buen Keulen se levantó y, reflexionando en voz alta, dijo:

- Te juro por lo más sagrado, amigo mío, que ha sido así. Cree en lo que te he confesado esta noche, Christian: en esa biblioteca duerme un libro con tu nombre y en él se halla la fecha de tu muerte.

- Dios mío...

Luego el alcalde se traspuso, o deberé decir que enmudeció –como en ocasiones, tras un día estridente, lo hace la noche – y no pude sacar de sus labios ni una palabra más. Me despedí de él con un apretón de manos y me interné con tristeza en la última oscuridad. Los árboles que rodeaban Mainburg, plantados como lápices en las colinas, brillaban con un misterioso resplandor.

Han transcurrido diez años desde aquella cena y no he regresado a las calles de Mainburg. Nunca visité la biblioteca ni, por descontado, se me antojó hojear mi libro. Pero lo que no ha dejado de atormentarme, lo que me ha perseguido con encono inflexible, es esta melancólica obsesión: la idea de que, cada vez que culmino un relato, cada vez que alcanzo su desenlace, mi vida se detiene un momento... Como si las sílabas de la última palabra fueran falsas, o espurias, y se perdieran en una dimensión oscura. Las mismas que furtivamente, mientras lees con asombro este final, pasan de puntillas detrás de tus ojos, querido lector.